

encontramos el origen de todos sus otros privilegios, sin excluir la Maternidad divina, que es el colmo de su excelencia. (20) El basta para que le llamemos, con uno de sus modernos apologistas «l'Enfant du miracle.» (21) Por él se hace tabernáculo, habitación digna de Dios. (22) Sin él jamás el Hijo del Eterno la hubiese tomado por Madre. (22) Porque María es Inmaculada,

todo el tesoro de Dios
nace de una Virgen pobre. (24)

La maternidad divina y la pureza original son dos gracias inseparables. Son como la flor y el fruto de la grandeza de la Virgen. No podemos saborear las dulzuras del segundo, sin recrearnos antes con la fragancia de la primera. Son la disposición y la forma; (25) la promesa y la realidad. Si el alma tierna de la Virgen hubiese tenido alguna mancha, Dios hubiera escogido otra Madre exenta de pecado. (26) Para ser Madre del Verbo, era necesario ser como María,

tan del todo toda buena. (27)

Es tal la santidad, la limpieza de la Virgen en el primer instante de su ser, que

el oro puro
es en su comparación,
como cieno de abusión,
muy oscuro, (28)

Por eso, cuando el Padre de las Misericordias, en un exceso de su amor por los hombres, envía a la tierra al

helado y hermoso
Pastorcico nuevo, (29)

que debía conducir, sobre sus hombros, las ovejuelas, que vagaban sin rumbo en los eriales de la vida, esa Virgen única, la Niñita graciosa, (30)

Aurora solis praevia, et Dies noctis nescia, (31)
lo recibe en su seno como en un altar, (32) y cuando el Niño del Altísimo se hace Niño de la Niña, (33) antes de que Esta se recree en

su rostro de mosquetas fabricado (34)
y dulcia strictim bassia sub labiis
Deique verique hominis impresserat
ori, (35)

El desgrana en sus oídos candorosos las notas dulcísimas de esta súplica cálida y amorosa: